

FERNANDO DIEZ DE MEDINA

UNA MISTERIOSA JOVENCITA

Novela

Escrito el año 1977

Primera edición electrónica 2006

*
*
*

Editor © Rolando Diez de Medina, 2006
La Paz - Bolivia

He aquí: lo que no fué, puede ser. El tiempo no transcurrido se despliega a través de un sueño. Imagen. fugitiva: ¿por qué te niegas a revelar tu nombre?

Órficus

I

Cuando el Señor me la arrebató, creí morir de pena.

Como el Día y la Noche, la Dicha y el Dolor cabalgan juntos —dice el bardo oriental, y comprendí que debía expiar en tristeza y soledad los largos años de felicidad transcurridos con Ella.

Concentrado en el recuerdo de la Muy Amada, no volví a mirar mujeres. Despierto dormido mente y corazón sólo recogían su imagen maravillosa. Y aunque muchos no pueden comprenderlo porque la mística del amor perdido es un amanecer recuperado, seguí habitando en el espíritu la residencia emparaisada de los venturosos días antiguos.

Solía dialogar con su retrato cuyos rasgos se animaban como los de un ser vivo. Se esbozaba una sonrisa. Y los ojos oscuros vertían el mirar tierno y cálido que me hacía dichoso; y a veces, cuando le contaba algo que no aprobaba, la tristeza velaba su mirada.

Oscilando entre la pena y la alegría —la pena de su ausencia, la alegría de reencontrarla en los bellos y dulces recuerdos —mi vida espiritual transcurría consagrada a su memoria.

"Cásate de nuevo —me aconsejaban — busca una compañera, ya no por amor, que por afecto y comprensión te ayude a pasar los años que te quedan."

Jamás los escuché. Nunca quise pronunciar la palabra fatídica de cinco letras que separa al que amó de la que se fué. Casado fuí, casado estoy. ¿Cómo podría ligarse lo que va está ligado? Mantuve, mantendré hasta el último día la promesa solemne que hice el día que partió: "Mujer alguna entrará a esta casa, dónde María seguirá reinando Única Señora."

Así transcurrí varios años, acechado por las tentaciones, refugiándome en el huerto interior en el cual cada amanecer recogía la rosa temprana y fresca del recuerdo.

Un hombre tiene tantas cosas e incidentes que afrontar. Proseguí arrastrado por la rueda del Destino, envuelto en el torbellino de los días. Y en las pausas de descanso volvía al patiecito de las confidencias, al parque circular que nos vió pasar enamorados, o a la terraza de los paseos nocturnos. También escuchando las músicas predilectas, cerraba los ojos y la sentía a mi lado.

¿Cómo podrían entenderlo los incrédulos y los malos amadores?

El verdadero amor transfigura la Muerte en Nueva Vida.

Vencido el tiempo desgarrador del llanto y la congoja, entré al extraño mundo de la soledad-acompañada. Porque físicamente transcurría en abandono; espiritualmente siempre en compañía.

Veía su figura sin verla, escuchaba su voz sin oírla, sentía el roce de su mano sin sentirlo, aspiraba el olor de su cuerpo sin aspirarlo, y el beso de sus labios me encendía sin tocarme. ¿Cómo podía ser? Ama mucho, ama largamente, ama hondamente y verás que al fiel amador le fué concedido abolir los tiempos y transmutar la separación en reencuentro.

Verdad que existen trances en los cuales la pena abrumba, la soledad se sobrepone a los éxtasis de la memoria. Entonces el alma cae, cae vertiginosamente al abismo de la desesperación.

Pero esas pausas de amargura pasan. Ella vuelve presurosa a mi lado, sus ojos hermosísimos resplandecen de ternura:

— No Quiero verte triste —dice— volvamos al encantamiento del amor que no conoce término.

Y en medio a mi desdicha vuelvo a ser dichoso. Porque presencia y palabra de María rigen para siempre.

Pero tres sueños consecutivos vinieron a perturbar el reinado indecible de la Muy Amada.

Y sucedió así.

II

En el primer sueño yo estaba en una inmensa estación ferroviaria, toda cruzada de líneas, locomotoras y vagones, de bronce los rieles, máquinas y vagones, hasta los edificios laterales. Me sentía perdido en la confusión de gentes y gritos. Seguramente: había arribado a una urbe babélica. Estaba desorientado.

De pronto me vi trasladado al interior de una ciudad tranquila, poco más que villa, de techos rojos enmarcados con rayas blancas. No muchas calles ni muchas gentes. Edificios de dos pisos, uno que otros de tres. Crucé una placita risueña de árboles y flores. Entré a un templo y oré. Al salir observé que las personas vestían a la moda del siglo pasado y se movían sin prisa alguna, lentas y confiadas. Sentí una doble y curiosa impresión contradictoria: me parecía haber regresado a un escenario familiar y sin embargo pasaba como un extraño entre la gente que apenas si reparaba en mi persona.

Ciudad apacible, exenta de tumultos y de ruidos. Recorría sus calles anchas, de techos bajos, por las cuales circulaban algunos vehículos. Pasé frente a un cine, luego un almacén pero lo más pintoresco eran las pequeñas tiendas exhibiendo sus mercaderías en los muros de las casas. Todo transcurría en ritmo pausado, como si nadie, ni la ciudad ni sus pobladores tuvieran por qué afanarse. Gente feliz —pensé— viendo las caras afables y las miradas risueñas.

Ignoraba por qué estaba en ese ambiente de paz y de sosiego. ¿Qué hacía en la tranquila villa? Alcé los hombros y me sumergí en el aire tibio de sus calles.

De pronto ví pasar por la acera del frente una colegiala custodiada por una cholita bien vestida. Una muchacha que no representaba más de quince años, erguida y esbelta. Llevaba los cuadernos y un estuche de lápices en la mano y en la otra un ramillete de heliotropos. De sólo verla sentí un impacto eléctrico en todo mi ser. Seguía.

Se detuvieron en una tienda y pude observarla mejor. Vestía una falda escocesa, blanca una blusa, tocada la cabeza por un gorrito azul que remataba una borla escarlata. Las altas botas de charol conferían singular esbeltez a su figura. La hermosa cara resplandecía de vitalidad y de frescura. De sólo contemplar los ojos oscuros bajo el doble arco acentuado de las cejas y la sonrisa triunfal que se dibujaba en los labios, supe que me había impresionado fuertemente.

La jovencita actuaba con perfecta naturalidad. Su voz bien timbrada y el juego sonoro de sus risas cautivaron mis oídos. Discutía con el anciano de la tienda, luego se volvía a su compañera, cambiaban frase mas yo no podía recoger lo que decían. Ella hizo un mohín de disgusto, sacó un portamonedas, pagó y a poco un lindo pañuelo de seda acariciaba su cuello. Muy ufana la muchachita reanudó su marcha. Me sorprendió que a diferencia de las gentes de la pacífica ciudad, ella caminaba con rapidez.

Las seguí. La niña y la cholita compartían risas y confidencias. Atravesaron una pequeña plaza en diagonal, yo detrás de ambas. Enseguida enfilaron por una calle semivacía, en leve cuesta. A mitad de la segunda cuadra se detuvieron frente a un portón colonial. Yo me aproximé intentando abordarlas, pero en ese instante la jovencita se transformó: su aspecto desenfadado y juvenil dió paso a una expresión nueva, la mujer en agraz brotó en sus facciones, se desvanecieron la mirada maliciosa y la sonrisa atrevida, para dar paso a una expresión de sorpresa si no de fastidio. Los ojos oscuros miraban severos, desafiantes. Creí entender que decían: “¿quién es usted, qué quiere?”

Cuando ambas desaparecieron detrás del portón colonial, comprendí por qué estaba en la villa apacible: me interesaba la muchacha, de la falda escocesa y tenía que conocerla.

No sé si volví a casa, si comí, si me alejé de la calle en pendiente. Sólo recuerdo que cuando el portón volvió a abrirse la jovencita salió corriendo, alada y ligera como un cervatillo. Llegó a la esquina dónde la aguardaba un joven de gallarda presencia. Se me estrujó el corazón; tenía enamorado. Bruscamente me encontré al lado de ambos.

Se saludaron. Luego ella dijo:

— Dice mi hermana que la espere esta tarde a las cuatro, en la esquina de la escuela.

Respiré, aliviado. No era su enamorado. Ella se volvió y al verme su rostro cambio instantáneamente: desapareció la vivacidad de su cara y una expresión entre curiosidad y temor se reflejó en sus rasgos. Los ojos oscuros me miraban tan pronto sorprendidos como inquisidores. No pude pronunciar palabra y la jovencita se alejó tan ligera como viniera. La ví perderse por la calle de suave pendiente.

La seguí. ¿Por qué la asustaba mi presencia?

Llegué a la casa donde supuse se había entrado, pero no la encontré. Caminé de arriba hacia abajo, la recorrí en doble sentido varias veces: no encontré ni la casa colonial ni el viejo portón. Habían otros edificios y hasta una placita apacible. Me angustié: me había extraviado. Pero si seguí el mismo camino, detrás de ella ¿cómo podía ser?

Avancé por o tras calles larguísimas, que no tenían fin. No había rastro de la muchacha. Me indigné contra mi estupidez: ¿por qué no la había abordado, por qué no la seguí de cerca?

De pronto me vi a la salida de una escuela. La cholita que acompañaba a mi desconocida aguardaba en la salida. Me acerqué para preguntarle por su amita mas la cholita volteó la cara y se alejó unos pasos. Comprendí que no deseaba escucharme.

Salieron las niñas del colegio en alegre bandada. Me fijé atentamente en el tropel bullicioso. Se destacó una muchacha algo más alta y parecida a ella, mas no era la jovencita que yo amaba, si no su hermana la que aguardaba un joven en la esquina. Los ví alejarse, felices, y la cholita iba detrás.

Decepcionado me alejé de la escuela. ¿Por qué no podía encontrarla? ¿Por qué se atemorizaba al verme? ¿Acaso ignoraba que yo estaba en la pequeña ciudad para expresarle mi amor? Pensé que no existía en el mundo una jovencita más encantadora.

Poco después aparecí en un antiguo salón ricamente amoblado. Se abrió la puerta y mi desconocida entró radiante, saltarina. Al verme se detuvo y nuevamente su rostro se tornó serio: esperaba que yo hablara o se proponía interrogarme, mas no dijo nada. Los ojos oscuros me miraban perplejos, desconfiando. Hice un ademán invitándola a tomar asiento y cuando ella inclinaba el talle flexible para hacerlo, bruscamente la escena cambio. Yo trepaba un cerro muy alto y escabroso y estaba solo.

Al bajar del cerro me preguntaba qué ocurría: esas apariciones furtivas, bruscamente truncadas, ese silencio de ambos, ese mirar dardeante de los ojos oscuros ¿por qué? Sólo sé que mi ansiedad crecía con la dificultad de volver a ver a la muchacha. Si me estaba destinada — yo lo presentía así en el sueño— ¿por qué se escabullía, por qué se desvanecía súbitamente...? Aumentaban mi desconcierto y mi congoja.

En un parque con una gran rueda giratoria llena de niños, sentado en un banco, me preguntaba qué debía hacer para dar con la jovencita.

De la rueda bajaron niños y muchachos, ella no. ¿Por qué estaba, yo, en aquella ciudad desconocida, tranquila, llena de gente joven, y cuál era la razón por la cual perseguía ansiosamente a una niña que tampoco conocía? "Tienes que buscarla, tienes que buscarla" —susurraba una voz interior, y me pareció que andaba detrás de mi destino.

Las escenas se sucedían en rápido contraste. Tan pronto me hallaba rodeado de escolinos que salían de sus aulas, como me sentía solitario en plazas pequeñas, de recogida intimidad. Recuerdo que me impresionó observar cómo un cisne negro de largo cuello se trenzaba con otro de blancura impecable, sin poder esclarecer si luchaban o se amaban. Después un grupo de chiquillos se reía de mí y me señalaban hacia el oeste. Uno gritó: "Es por allí." Creí entender que me indicaba por donde llegar a la calle donde habitaba la jovencita.

Avancé en esa dirección. Tres culebras verdegrises me impedían pedían el paso. Hice un ademán y desaparecieron. Entonces, ya confiado, proseguí con paso firme: tenía que encontrar la calle y la muchacha. Al voltear una esquina, ahí estaba, vacía, silenciosa, con su suave pendiente y sus casas blancas de techos rojos la callecita ansiada. Me encaminé hacia el portalón colonial. Al cabo de algunos instantes se abrió para dar paso a la muchacha que yo buscaba.

Miró hacia adentro, luego por ambos lados de la calle y su mirada escrutadora me interrogaba sin palabras: ¿qué quería? Lo extraño es que yo no podía hablar. Cautivado por la linda figura, absorto en los grandes ojos oscuros que me contemplaban fijamente, estaba como paralizado. Si ella recelosa, yo atemorizado por no sé qué fuerza indecible que me impedía manifestar mis sentimientos. ¿Cómo decirle que la amaba y que ya no podría olvidarla jamás? Posiblemente la niña se reiría: si apenas nos conocíamos. Además ignoraba qué pensaba ella sobre mí.

Permanecimos así un largo rato, ella inquisitiva, yo pasmado.

De pronto una tenue sonrisa se fué dibujando en la boca de la jovencita. Esto me infundió ánimo. Me aproximé para cogerle la mano y besarla como se rinde homenaje a la princesa de un

cuento de hadas. Ella retrocedió dos pasos, evitando mi propósito. Fue tan grande la pena que sentí por su rechazo y probablemente ella se reflejó en mi rostro, que la muchachita, enternecida me tendió la diestra que yo rocé con un casto beso. El contacto con su piel me transfiguró de alegría: era la piel que yo acariciaría sobre todas, para toda la vida...

Seguimos juntos pero yo no podía hablar, turbado de gozo. La niña me miraba, tal vez menos desconfiada, más bien desconcertada por mi silencio. Era tan linda que no puedo describirla. Bajo el arco poblado de las cejas los ojos oscuros guardaban el misterio de una maravillosa adolescencia. Al influjo de su mirar sereno, revelador de ternuras escondidas, yo desfallecía. Me sentía puro y dichoso como un niño: sólo quería estar junto a ella, sin pedir nada, sin nada esperar.

Los toques de campana de un convento interrumpieron el quieto idilio. ¿Pero se trataba de un idilio (yo ignoraba qué pensaba la jovencita) o sólo de un encuentro que me tenía embriagado de dicha? La campana siguió vibrando en el aire y la muchacha se alejó acercándose a un grupo de niñas que la acogieron jubilosas. Yo contemplaba sus juegos: reían, saltaban, daban vueltas cogidas de las manos y sus gritos armoniosos como los cantos de los pájaros me inundaban de felicidad.

Estaba cerca y lejos del grupo, reparando únicamente en ella, que se movía graciosa y flexible, reía y gritaba como sus compañeras. Despojadas de la gravedad, del temor que yo le conocía era, ahora, únicamente una niña inquieta y alegre. No comprendía bien cómo podía pasar, bruscamente, de un estado a otro. La jovencita que yo amaba pensativa, recatada, parecía otra muy distinta de la niña juguetona que se confundía en el tumulto del tropel femenino.

Mientras miraba el rápido girar de las colegialas se me ocurrió que esa era la verdadera naturaleza de la Jovencita: la alegría inocente, despreocupada, que nada pregunta a la vida porque se nutre de su propio júbilo interior; mi presencia, en cambio, la turbaba, la tornaba recelosa, y adquiría una expresión grave no adecuada a sus cortos años. No acertada a explicarme por qué me sentía arrastrado irresistiblemente a ella, siendo un hombre que debería pensar en mujeres y no en niñas.

Sobrevino otro tiempo de amargo desconcierto: nuevamente yo la buscaba y no podía encontrarla. Vagué por la villa apacible, recorrí calles y plazas. Tropezaba con gentes desconocidas a las cuales inquiría por la jovencita, su familia, la casa y la calle donde vivía; ellas contestaban con palabras confusas que yo no podía recoger bien, o se encogían de hombros y se alejaban dejándome descorazonado.

De una infancia olvidada, de un ángulo sorpresivo, se levantó la música encantada de una fantasía de Mozart, esa que acompañó mis más bellos instantes, sumiéndome en un familiar remanso de honda pena y suave alegría. Se me antojo que mi vida transcurría siempre así, tocada de estallidos jubilosos y de fina melancolía. Perseguía impasibles, creía tenerlos al alcance de la mano... y un viento cruel ahuyentaba. Así la jovencita debía ser una ilusión más que de acercaba y desaparecía porque no me estaba reservado alcanzar el ideal.

“Qué tonto soy —pensé— esa muchachita no es para mí. Me alejaré de su tentación.” Pero la música de Mozart seguía cavando hondo en mi alma y contra toda razón comprendí que nunca dejaría de amarla, aunque ella no me correspondiese porque así estaba escrito en el ser que yo era y en las cosas que, sucedían en la tranquila ciudad desconocida de mi sueño.

La angustia me fustigo otra vez: ¿dónde encontrarla, por qué me huía? las notas de la fantasía mozartiana aguzaban mi dolor. Me arrimé al pretil de una balaustrada de ladrillos y veía entristecido el paisaje de casitas y arbolares al fondo. Cuando de súbito sentí que ella se aproximaba. Revolví y efectivamente la jovencita se acercaba siempre grave, dubitativa, como si un móvil enigmático la atrajera y la rechazara a mi persona. Mi pena se disolvió en súbita alegría.

Pensé muchas cosas, quise confesar a la nula que la amaba que daría todo por escuchar el timbre de su voz, dirigiéndose a mí, por merecer su cariño y su confianza. Pero no brotaban las palabras de mis labios. Estaba confundido, inerme, frente a la pura belleza de la jovencita y el

fulgor magnético de sus ojos oscuros. Ella me contemplaba, con su mirar penetrante y misterioso, callando también por una extraña coincidencia. Pienso que ambos caímos en una onda de silencio que nos alejaba a pesar de hallarnos próximos.

Hice un esfuerzo y de mi boca brotó una sola palabra:

—Usted...

La jovencita sonrió levemente. Luego su ceño se contrajo y me señaló el cielo con el índice. En grandes letras áureas, una franja luminosa decía: "Estoy destinada."

"Por qué no me lo dijo directamente con su voz y por sus labios? No podía comprenderlo. Creí que le infundía repulsión, pero ella estaba a mi lado, sin demostrar rechazo, hundiendo en el mío su mirar profundo, interrogar.

Yo no sabía cómo expresar la impotencia que me impedía manifestar mis sentimientos. Hubiese querido decirle que mi amor era tan hondo, inmensurable, que no acertaba a encontrar las palabras para expresarlo. Posiblemente la angustia se pintó en mi rostro, porque la muchacha cerró los párpados en señal de asentimiento, como comprendiendo lo que me ocurría. Enseguida me apretó suavemente la mano pero sus ojos no irradiaban amor sino un raptó de confianza que me conmovió. Avanzamos algunos pasos, mas como dos hermanos que como enamorados. Yo padecía por no poder confesarle mi amor y por ignorar si ella compartía mis sentimientos, y al contemplar la pureza de su rostro y la gracia indecible de su figura me sentí invadido por una sensación de calma: debía esperar, serenamente, lo que me guardaba el destino que presentía íntimamente relacionado con ella.

La muchacha se puso el índice en los labios como mandando silencio y se fué alejando. Sólo alcancé a vislumbrar el revuelo de la falda escocesa y el ritmo armonioso y ondulante del cuerpo tierno que se perdió a la distancia.

Me enfurecí: ¿qué fuerza era esa que me acercaba y me separaba alternativamente de la niña desconocida? Debía romper el enigma. ¿Quién era ella, quien era yo que parecía volver a una infancia olvidada, por qué amaba a la jovencita locamente y qué obstáculos insalvables nos separaban?

Hice un esfuerzo mental prodigioso tratando de hallar respuesta a mis interrogaciones. Una colina próxima se abrió en dos mitades: creí entrever un camino matinal que me llevaría a la solución de mis problemas. Y en ese instante desperté.

III

Al despertar, de golpe volví a la realidad: volvía a ser un solitario, un hombre maduro, sumergido en el recuerdo de la esposa perdida. Una sensación de remordimiento me fué atenaceando el alma: ¿por qué si yo sólo pensaba en ella, en los años felices transcurridos a su lado, si todos mis pensamientos en vigilia y todos mis sueños en esos siete años de soledad convergían en el recuerdo de María, pude soñar, anoche, cosa tan absurda, tan irreal como ese encuentro con una jovencita a la que nada me ligaba?

Cierto que aun permanecía su imagen en mi espíritu, pero así, despierto ya no me parecía tan bella ni sentía ese amor tenso que padecía en el sueño, porque ahora, despierto, mi amor y mi sentir volvían a concentrarse únicamente en la Bien Amada, en mi mujer, la única, tan hondamente amada y recordada.

El sueño con la jovencita había sido, entonces, solamente eso: un sueño, una ideación extravagante, acaso la reminiscencia de una novela, de una película, de algo visto, leído escuchado. Una suerte de pesadilla o de imaginación exaltada, sucedida a otro hombre que por una superposición de accidentes, por una transferencia de sensaciones, yo me habría atribuido durante el proceso onírico cuando en el fondo debió tratarse de algo ajeno, referido a otra persona. Un amor de otros seres que por incomprensible causa el sueño me adjudicó sin

pertenecerme. Esta idea me tranquilizó; sí: había vivido —o evocado— la historia de un amor intruso en mi corazón, ocurrido a otro hombre, joven o maduro, qué sé yo, pero absolutamente distinto a mi mismo.

Yo había conocido a María cuando ella tenía 25 años, yo 20 y desde ese instante sólo a ella amé. E sueño era absurdo: no tuve amores de adolescente ni conocí una niña quinceañera que cautivara mi corazón. Lo soñado, olvidado. No volvería a recordar a la jovencita desconocida, que nada tenía que ver con mi vida presente ni con mi pasado vivido.

Me aproximé al retrato de María, le pedí perdón por la involuntaria infidelidad de la dormitación transcurrida, y bien pronto la ciudad apacible y la muchacha desconocida se borraron de mi mente.

IV

La segunda noche antes de dormirme repetí muchas veces: "no soñarás, no soñarás", tratando de vencer con sólo mi voluntad el retorno a la absurda situación de la noche anterior.

Pero no sucedió así. Víme en una plazoleta de bajos edificios de la cual surgía un elevado puente en arco. Comencé a escalarlo y conforme ascendía el vértigo me acosaba: era muy alto, se extendía hacia el confín. Creí que jamás terminaría de recorrerla. Y así sucedió, pues cuando iniciaba la curva del descenso, materialmente agotado, flaqueando mis piernas, un gran pájaro de alas sombrías me invitó a subir a su lomo. Temeroso trepé sobre la inmensa ave, extraña mezcla de cóndor y de grifo.

El gran pájaro voló veloz y silenciosamente por encima de bellísimas praderas y pequeñas poblaciones cuya visión me llenaba de gozo. Luego, suavemente, me depositó en tierra.

En un paraje abierto, ante una multitud, y sobre un plinto de piedra yacían tres graves personajes sentados. Vestían túnicas negras cruzadas por ancha faja verdibrillante. Sus rostros graves, de espesa barba, reflejaban amenaza. No entendía lo que hablaban entre sí, hasta que alguien me susurró:

— Son los Magos del Tribunal. Te juzgarán.

Revolví: de la multitud brotaban voces y ademanes hostiles. Tuve miedo. Torné a mirar a los jueces: me escrutaban con desconfianza. ¿Qué delito había cometido, de qué se me acusaba? Ellos seguían cambiando impresiones en una lengua que ignoraba. Y otra vez la voz secreta murmuró:

— En este país está prohibido seguir a las colegialas. Te van a condenar.

El primer Mago habló con voz profunda:

— Ha perseguido a la jovencita. Debe morir.

El segundo, no menos inflexible:

— Regresó para aumentar su delito. Es un peligro social. Que perezca.

Pensé que siquiera uno me defendería, pero el tercer Mago con tristeza exclamaba:

— Pobre reincidente: no tiene salvación. Eliminarlo.

Busqué por todos los ángulos un resquicio para, salvarme, una voz que clamara por mí. Sólo recogí injurias y amenazas. Dos fornidos guardias me cogieron de los brazos y me arrastraban ya hacia un patíbulo levantado allí cerca. Me resistí vanamente: los guardias poseían tremenda fuerza y me arrastraban sin dificultad. A mitad de camino, hicimos un alto. Miré hacia

atrás: una cholita se acercaba al tribunal y hablaba con los Magos. De pronto el que parecía presidirlos hizo un gesto ordenando que me soltaran.

Con voz fuerte el jefe de los Magos exclamó:

—Es un extranjero, cumple un ciclo de retroversión. Dejadlo libre, pero que abandone el país. Si reincide, será ejecutado.

La cholita me cogió de la mano y me llevó hacia un túnel vagamente iluminado. En su extremo final desembocamos en una callecita pintoresca.

—¿Dónde está ella? —pregunté. Y usted ¿por qué me salvó?

La mujer me contestó:

—No sé dónde andará la niña. Es peligroso seguirla.

Y se esfumó sin dar lugar a nuevas preguntas.

Yo estaba desconcertado: ¿qué debía hacer? Irme si no quería perder la vida. Pero el recuerdo de la jovencita estalló en mi interior y volví a ser el desesperado amorador de su belleza. Tenía que encontrarla, tenía que encontrarla...

Pasó una manifestación de estudiantes ruidosamente, profiriendo gritos. Detrás venían muchos guardias tratando de dispersarlos. Uno de ellos me empujó con su bastón de goma:

—Retírese. ¿No ve que estorba a los chicos?

Quedé confuso. ¿Los guardias dispersaban o protegían la manifestación? Súbitamente un viento inesperado me hizo levitar hasta la copa de un árbol desde ella pude seguir cómodamente lo que pasaba. La muchedumbre infantil tomó por asalto el mayor edificio de la plaza y desde los balcones sus líderes arengaban a la multitud. Otras veces los guardias sustituían a los pequeños y lanzaban fogosas proclamas. En la plaza se abrían grandes claros para los danzantes. Todo se fué comprimiendo hasta tomar la forma de un teatro. ¿Qué representaban? Se apaciguó el vocerío y sonaron las notas límpidas de un piano: creí reconocer trozos de una música de Schubert. Público y actores escuchaban en suspensos. Sentí que un velo de melancolía se extendía en el vasto recinto y lágrimas involuntarias acudían a mis ojos: ¿qué ocurría? Calló el piano y un heraldo se adelantó en el escenario dispuesto a leer un comunicado. Desenrollaba el pergamino y apenas había pronunciado la palabra "Amigos...", un torbellino me envolvió. Rodé no sé como y aparecí en la placita frente al colegio.

Pájaro loco, mi corazón no quería creer. Desprendiéndose de un grupo de niñas vino hacia mí la muchacha que buscaba. Ahora vestía un traje de muselina celeste, una fina chaquetilla de cuero marrón y tenía recogido el pelo sobre la nuca con un lazo de color encarnado. Su silueta adorable, su cara resplandeciente de hermosura. Quedé alelado. ¡Era ella!

La jovencita se aproximó. Me hizo una venia a guisa de saludo. Me coloqué a su lado y comenzamos a caminar. La cholita nos seguía detrás.

Más audaz o más seguro que los encuentros anteriores, le dije muchas cosas, todo cuanto llevaba adentro, cómo la amaba, que nada le pedía: sólo que me permitiera verla, acompañarla. Y la miraba ansiosamente esperando una respuesta. La muchacha avanzaba muy erguida. De cuando en cuando me echaba una mirada de soslayo. Pero no hablaba. Á veces ella inclinaba la cabeza levemente y cerraba los párpados en señal de asentimiento. O me apretaba con suavidad la mano, señales, ambas, de que me comprendía.

Una dicha indecible se albergó en mi alma. Pedía que jamás cesara. A poco la cholita desapareció: quedamos solos.

Nos detuvimos. Le cogí las manos y atrayéndola hacia mí le dije con trémula voz:

—Te amo, te amaré siempre. Dime si serás mía.

La jovencita me contempló y en sus ojos oscuros no había la expresión de asombro o de rechazo de antes. Ahora su mirada era amistosa, cálida, como si fuésemos dos antiguos conocidos. Se me antojó que sus labios se entreabrían para contestar: no pronunciaron palabra alguna. Una sensación de angustia me oprimió. ¿Qué muro invisible era ese que se oponía a nuestro amor? Los grandes ojos fijos me miraban con intenso ardor, yo creía leer en ellos que era amado y comprendido. Pero la muchachita seguía callada.

Un fulgor ígneo alumbró la escena. Y leí, en el aire, unas letras que decían:

—Su pureza infantil no puede remontarse al vuelo de tu pasión. No oses invadir el mundo mágico de su inocencia.

La niña esbozó una sonrisa y reanudamos la caminata. Los dos contentos, tranquilos de apariencia, pero yo sabía que si nos separaban el mundo se hundiría para mí.

Sonaron las campanas de una iglesia. Ella se detuvo, me miró intensamente haciendo un ademán de despedida. El traje de muselina y su gentil dueña se fueron perdiendo en una lejanía brumosa.

Honda tristeza se apoderó de mi espíritu. ¿Por qué no la seguí, qué poder misterioso me alejaba de ella, quien era, al cabo y a qué se debía que me sintiera perdido por ella?

Dos hombres se me acercaron. Uno alto y delgado, elegantemente vestido; el otro bajo y fornido. Ambos en actitud inamistosa. El Que parecía mayor expresó perentorio:

—¡Váyase de la ciudad!

Me resistí. Resurgieron mis viejos ímpetus de peleador. Me sentí otra vez fuerte, ágil, osado como en la juventud. Me disponía a enfrentar a los dos extraños, cuando el hombre bajo profirió:

—Usted está loco. ¿No ve que es una niña? Además ignora el oráculo: para atrás cero, adelante se endereza el camino.

El señor alto comenzó a jugar con pompas de jabón: las formaba grandes, redondas, encerrando cromáticas luces en su esfera transparente. Transparente. ¡Eran tan bellas, tan primorosas, que los tres las seguíamos en suspenso. Y no se desvanecían rápidamente; duraban, más bien, subiendo y descendiendo en amplios giros mientras las luces de colores fulgían con encantadora vivacidad. De pronto el señor alto sopló y los numerosos globos traslúcidos desaparecieron.

—Ya lo ha visto —dijo el hombre alto— Es malo hacerse ilusiones. ¡Váyase!

Mis ganas de pelear huyeron. Quedé azorado. Y más al escuchar que su acompañante agregaba, en tono irónico:

—¿Todavía no quiere comprenderlo? Esto no es para usted, ni la niña tampoco. Apunte al norte, el sur es engañoso. El polígono del destino apunta a otra figura y nuevo tiempo.

Intenté replicar pero los dos hombres se alejaron.

Volví a pensar en la jovencita y reanudé la búsqueda de la casa donde la ví perderse en el primer encuentro.

Pronta estuve frente al portalón colonial. Este se abrió y dió paso a una familia: siete niños y la severa pareja de los padres. Vestían a la usanza del siglo pasado, con trajes largos y holgados. Todos se me antojaron despiertos y simpático, y entre ellos estaba la jovencita que no daba muestras de reconocermé. La familia se dirigía al templo.

Los seguí a cierta distancia y al llegar al templo, la niña que había quedado rezagada se volvió y me miró con extrañeza como si fuera la primera vez que me veía. Hizo un mohín despectivo y penetró a la iglesia. Me invadió la pena: no me reconocía, estaba como al principio separado de ella por un abismo infranqueable.

Quise entrar al templo pero me detuvo un fraile de sotana negra, indicándome que debía ingresar por la puerta trasera. Dí la vuelta al edificio, ingresé a su interior. No era una iglesia sino un curioso hemicycleo de altas graderías pobladas de infantes que hablaban y reían en bulliciosa expansión. Me retiré disgustado.

A la salida, un joven de librea dorada me invitó a subir a una extraña barquilla, sin motores, sin velas, sin ningún artefacto de propulsión que la moviera. Subimos. El tocaba un tablero de innumerables botones y luces y la barquilla se movía silenciosa. Pensé que podría conducirme donde la niña y la esperanza entró a mi corazón.

Sobrevolemos, a corta altura, bosques y castillos, extensas llanuras en las cuales extrañé el verde de los sembríos: todo aparecía violáceo y de azafrán. Por último la barquilla se detuvo en una inmensa plaza cuadrangular, tan separados sus lienzos frontales unos de otros que calculé tardaría más de una hora en cruzarla.

Estaba solo, nuevamente. Grité, pidiendo ser escuchado. Nadie respondió. Los altos muros hoscos carecían de puertas y ventanas. Sólo arriba, muy arriba por las almenas se veía cruzar como figuras diminutas a centinelas con largas picas.

La plaza, desolada, no daba resquicio a esperar ayuda. Creí estar dentro de una prisión infranqueable, en la cual era inútil esperar ayuda ni comunicación alguna.

Tembló el suelo, se abrieron sus frías losas y por ellas surgió una figura de mujer que fué creciendo desmedida: era una gigante que tendría siquiera diez o doce metros de altura. Su rostro que al primer impacto se me antojó hermoso, era en realidad feo por exagerado de sus proporciones y la bastedad de sus rasgos. Tuve miedo que me causara daño, pero la gigante con gestos bondadosos me hizo entender que sólo pretendía ayudarme.

La opresión que me producía el inmenso recinto fué desapareciendo conforme la gigante me conducía cogido de uno solo de sus dedos que a manera de un enorme bastón me guiaba seguramente.

Llegamos al pie del muro. Ella golpeó las piedras y me condujo por una escalera de piedra que parecía no tener fin. Cuando me cansaba, el dedo amistoso tiraba de mí y me ayudaba en el penoso ascenso. Llegamos a una explanada sin guardias.

—Mira —dijo la gigante.

Al fondo lucía la campiña, tan abajo, tan distante que me estremecía: ¿cómo podría descender hasta ella?

Mi descomunal guía sonrió burlona.

—Sube a este disco de oricalco —dijo. Se maneja con la voluntad. Hará lo que digas. Pero no te dejes vencer por el miedo, porque entonces te precipitarás al vacío.

Y con suave ademán me colocó, sentado, en un disco de frío metal que no tendría más de algunos metros de diámetro.

Deseo remontarse sobre el inmenso edificio y me despedí agradecido de la gigante. El disco se elevó sin brusquedad. Luego pedí descender. Fuí obedecido, pero el disco no descendía vertical sino en amplios giros y el descenso era lento. Por un instante el vértigo del vacío me asustó: estuve a punto de caer. Instantáneamente reaccioné: ¡no! Tenía el dominio del aparato nada que temer. El disco que se había inclinado peligrosamente recuperó su horizontalidad y pude continuar el vuelo normalmente. Al tocar suelo el disco de oricalco se perdió velocísimo como si fuese bólico.

Miré en torno: era otra vez la querida ciudad apacible donde moraba la muchacha que yo quería.

Mientras cruzaba las calles, ví pasar a sus padres, reconocí al fraile de negra sotana, la cholita pasó a mi lado, creí ver a sus hermanos, y otras caras y figuras que viera junto a ella. Nadie parecía enterado de mi persona; me dejaban pasar como si no reparasen en mi presencia. "Están confabulados —pensé— por una consigna: fingen no verme para alejarme." Pero yo presentía que el nuevo encuentro con la jovencita era inminente. Y así fué.

Ella surgió de una esquina, corriendo con gracia ligera. Vestía una falda de terciopelo y una chaqueta que le ceñía el esbelto talle alzando el cuello casi hasta rozar el pabellón de las orejas. Estaba lindísima, agitada por la carrera.

Era otra vez la niña alegre y confiada, no la que miraba con expresión de asombro. Sentir que nos conocíamos de siempre. Nos tomamos de las manos y el contacto de su piel fina y cálida me estremeció. La jovencita, me pertenecía.

Nos sentamos en un banco y mientras yo manifestaba mis sentimientos, ella me escuchaba con expresión traviesa dibujando en la arena con la punta del pie enigmáticas figuras.

No fue necesario que le reafirmara mi amor. Creo que ella lo sabía. Sentí que ambos estábamos henchidos de felicidad, una felicidad celestial que no requería de palabras para manifestarse. Yo hablaba, hablaba, de sueños y de cosas que ella recogía bondadosa.

Había escuchado sus voces y sus risas cuando alternaba con las otras escolinas. Pero conmigo no quería o no podía hablar. Ya no me miraba con desconfianza. A veces hasta sonreía traviesamente y creí sorprender un rayo de ternura en sus ojos. Arrobado con su compañía creí ser un habitante del Paraíso: nada podía pedir sino que durase el éxtasis de esa dicha indescriptible.

Luego ella me detuvo me miró fijamente y sus labios se desplegaron a punto de hablar: iba a decirme algo. Sus ojos se velaron de tristeza, enarcó las cejas y acercó los extremos del cuello como si buscara protección. Su rostro cambiaba de expresión: tan pronto pasaba de la vivacidad infantil a la gravedad de una persona adulta. No podía discernir si era una niña o una mujer. Y ella impedida por no sé qué razón oculta de manifestar lo que sentía, se turbaba, pasaba de un estado de ánimo a otro, la advertía nerviosa, confundida, debatiéndose entre el deseo de decir algo y el temor de no poder expresarlo.

La tomé de los brazos:

—¿Por qué calla, por qué no puede decirme lo que pasa, qué es lo que sucede? — pregunté angustiado.

La jovencita ensayó una sonrisa melancólica y me cerró la boca con su mano suave y tibia.

Una voz discreta que no brotaba de ella murmuró:

—Ella ignora qué es el amor. No la perturbes.

El segundo sueño me sumió en mayores reflexiones.

Durante el proceso onírico amaba locamente a la muchacha. Tan pronto volvía a la realidad dejaba de sentir amor por ella y sólo me acosaba la pasión por mi esposa desaparecida. ¿Cómo podía el sueño concederme otra personalidad, encantarme con nueva pasión, si en el mundo real solo vivía para el recuerdo de mi mujer?

¿Y quien podía ser, en verdad, esa misteriosa jovencita que durante dos noches consecutivas perturbaba mi equilibrio emocional dejándome perplejo?

Me aproximé al retrato de María, que tantas veces se abriera a la confidencia. Me concentré en la contemplación del rostro amado cuyos rasgos solían animarse como si estuviera viva. Yo sabía que en mudo coloquio ella podía revelarme el enigma. Podía, sí, mas no lo hizo. El retrato permaneció impasible. No expresaba amor ni desvío. Era una simple imagen distante.

Verdad que no siempre la efigie de mi mujer respondía a mis requerimientos; y ahora estaba sumido en un trance de confusión que creí suscitaría su respuesta.

Nada. El retrato de mi mujer mantuvo su esfíngico silencio.

Tuve que revertir sobre mí mismo. No era un viejo, tampoco un joven. Rebasados los sesenta, me mantenía en esa dorada madurez que concede equilibrio y sabiduría. Me consideraba un varón centrado, lejos de imposibles aventuras y empeños tontos. No pensaba en mujeres porque todos mis pensamientos convergían al recuerdo de María. Mi vida espiritual giraba entorno a su memoria. La amaba tal vez con mayor intensidad que cuando vivía. Ella era la única: musa y amada a un tiempo. ¿Entonces por qué, en el sueño no la recordaba y una pasión extraña me inclinaba a una niña? No podía comprenderlo.

La ciudad desconocida, la muchacha sin nombre, seres y paisajes antes jamás vistos ¿de dónde brotaban?

Todos soñamos, unos, como en mi caso, no con frecuencia, mas sí lo suficiente para admitir que el sueño es un mundo enigmático que nadie ha descifrado, por mucho que sabios e investigadores se esfuercen en someterlo a reglas y significaciones caprichosas. No: los recintos oníricos obedecen a leyes propias que nadie ha revelado. Y están poblados de sucesos y mudanzas bruscas que nos transportan velozmente de un plano mágico a otro de pesadilla. ¿Qué es, finalmente, el sueño? En estricta verdad ninguno lo define porque ellos mudan, se transfiguran, sugieren cosas distintas según la persona y el temperamento que los padece.

¿Cómo yo, un hombre equilibrado, podía conceder importancia a dos sueños, si ellos surgen de la región laberíntica de lo imposible, rompiendo la lógica, la continuidad del tiempo, las leyes espaciales, distorsionando la realidad, creando imaginaciones risibles o inverosímiles? Era estúpido: ningún espíritu cuerdo otorga al transcurrir onírico otro valor que el de perturbaciones de la fantasía, o peripecias producidas por desarreglos fisiológicos.

De acuerdo: resultaba estúpido dar mayor importancia al sueño. Pero no había sido uno, sino dos, perfectamente enlazados, en solución de continuidad y esto redobló mis dudas. ¿Por qué me acosaron, dos noches seguidas, la misma situación, el mismo paraje, los mismos seres, sobre todo la misma ,jovencita que en el sueño yo amaba locamente y una vez despierto no me infundía amor, solamente el vago recuerdo de una carita linda y una figura graciosa?

¡Bah, estaba divagando!

Dos sueños, aunque se eslabonen y uno repita al otro, son sólo dos sueños, es decir: imaginaciones, cosas de la mente traviesa que se urden como saliendo del cuerpo inmóvil. No pensar más en ellas.

Si la muchacha y la ciudad apacible volvieran en tercera visita... bueno: entonces, sí, la cosa se agravaría, pasaría a ser una la obsesión.

Pero yo estaba convencido que eso era imposible. Cuando llegar a la noche mandaría a mi voluntad impedir mi traslado a ese ambiente desconocido que, soñando, me hacía sufrir y en la vigilia sólo me producía un confuso sentimiento de extrañeza y de vergüenza: ¿por qué soñando, me comportaba como un niño si era en realidad un hombre sensato con absoluto dominio de mis actos, ajustados a la prudencia de mis años?

Me aproximé otra vez al retrato de María y le pedí perdón por mí segunda infidelidad involuntaria. El retrato me contemplaba impassible, como ajeno a mis cavilaciones.

La primera vez me fué fácil borrar las impresiones del encuentro con la jovencita. Esta segunda me resultó más complicado. No que sintiera nada por ella: profundamente enamorado de mi mujer —del recuerdo de tu mujer, diría un logicista— no sentía el mínimo interés por ninguna otra mujer ni por la niña del sueño; pero si me asaltaba la curiosidad: ¿quien sería ella, por qué entraba yo en el mundo mágico de lo desconocido, o por qué ese mundo mágico perturbaba mi quieto retiro espiritual consagrado a la memoria de mi esposa?

Me sentía infiel sin serlo. Juguete de un extraño azar durante el proceso onírico. ¿Y por qué ese desdoblamiento del varón maduro en adolescente? ¿Tenían que ver los dos sueños con algo ocurrido, si no a mí a alguno de mis antepasados y por un fenómeno recesivo mis células cerebrales reproducían algo ya sucedido; o se trataba mas bien de una anticipación en el tiempo de algo que sucedería más tarde a uno de mis descendientes?

La verdad es que comencé a preocuparme con mayor seriedad del asunto.

Se me antojó imperioso evitar que el sueño se repitiera: una tercera ensoñación igual a las dos primeras podría convertir la vaguedad onírica en obsesión mental. ¡Bah! Era absurdo: por la noche leería una hora más de la habitual para dormirme rápidamente. Mandaría a mi mente pensar sólo en María. Y concentraría todo el poder de mi voluntad en no ser llevado a la villa tranquila donde moraba la muchacha desconocida que así, despierto, me infundía fastidio y desconfianza.

“Es una intrusa —pensé— y nada tiene que hacer en mi vida en mis sueños.”

La aventé enérgicamente de mi pensamiento.

VI

La tercera noche, precavido contra toda sorpresa, creí haber vencido del sueño obsesionante. Leí hasta muy tarde, de modo que mis párpados se cerraban intermitentemente. Luego ordené a mi mente que no soñara o, que de hacer lo evitara en absoluto volver a la ciudad desconocida.

Desperté dos veces en el curso de la noche con la mente en blanco: nada había soñado. Me revolví en la cama y me dispuse a la tercera etapa del descanso nocturno contento por la certeza de haber terminado con el mundo intruso de la joven silenciosa.

“No volveré” —me repetí varias veces. Pero volvió y las cosas se presentaron así:

Aparecí en un lugar desolado. Caía la tarde, se anunciaba la invasión de la noche y en esa claridad indecisa ví que muchos aviones cruzaban el cielo y se trenzaban en combate. Unos caían, otros proseguían sus evoluciones, en un juego de giros y de luces emocionantes. Sentí miedo; algún pájaro metálico podía aplastarme. Vacilé antes de decidirme a buscar un refugio o seguir contemplando el fascinante espectáculo. Olas y olas de aviones que realizaban soberbias maniobras. Transcurrido un tiempo las máquinas dejaron de destruirse y la visión bélica se convirtió en un hermoso despliegue a la manera de un festival aéreo. Solían pasar máquinas en vuelo rasante junto a mí sin causarme daño alguno y ya no las tenía miedo. Los pilotos me saludaban agitando las manos, como si yo fuera protagonista de un homenaje.

¿Para qué ocultar que me sentía feliz?

Al fin los aviones desaparecieron y grandes bolas de fuego surcaban el manto estrellado. Tenían superficies traslúcidas como las pompas de jabón y como ellas cambiaban su juego multicolor. De una de ellas, la Mayor, que se me aproximó graciosamente, salió una figura femenina. Esbelta y ágil, en rápidos giros, me dió la impresión de ser una bailarina de "ballet". Su cara sugería ser familiar, pero giraba con tal rapidez que no podía retenerla bien. Luego se detuvo frente a mí, hizo una reverencia y al levantar el rostro la reconocí aleteado:

— ¡Niña desconocida por qué volviste?

Al punto olvidé mis recelos y propósitos anteriores: ya no quería evitarla. Nuevamente me sentí cautivo de su hechizo: era ella, la misteriosa jovencita, y yo el loco enamorado que la perseguía vanamente sin poder establecer íntima comunicación con su deliciosa personita.

Avancé dos pasos, intenté cogerla de la mano. Ella se apartó cautelosa, entró a la gran pompa de jabón que parecía guardarla, hizo un gesto de despedida y se elevó hasta perderse en el aire.

Dominados sentir y pensamiento por el deseo de volver a encontrarla, me disponía a partir en su busca cuando el suelo se desgarró en magnífica pendiente: una mullida alfombra de grama, de suave inclinación, rodaba centenares de metros hasta terminar en una villa de tejas rojas y líneas blancas. El corazón me palpó con fuerza: allí estaría ella, allí debía encontrarla. Comencé a bajar la pendiente y a poco rodaba como un barrilete, como cuando era niño, riendo y gritando con otros niños que aparecieron jugando en la alfombra de grama.

Terminó el descenso más no en la villa entrevista de arriba, sino en el patio de un cuartel. Un sargento iracundo nos manejaba a patadas —yo era un simple recluta como los demás— y la severidad de la disciplina castrense nos tenía callados soportando los abusos del militar. Cada vez que acercaba para propinarme un puntapié, yo me hacía el quite. Cuando el sargento se me acercó, yo me elevaba en el aire y evitaba sus golpes. El me contemplaba con ira vociferaba pero sus patadas daban al vacío. Los reclutas comenzaron a reírse. Hice un signo con la diestra y todos ellos levitaron burlándose del verdugo de uniforme. Todos nos sentíamos felices. Yo ni siquiera me pregunté de dónde me venía el extraño poder para sustraerme a la ley de gravitación y —lo que era más— para promover, con un simple, además, el ascenso de mis compañeros.

Una banda marcial resonó en el recinto. Aparecieron jefes y oficiales y mucha tropa. Los reclutas fuimos aventados a un rincón del patio. Hice muchos esfuerzos para que nos eleváramos como antes pero no pude conseguirlo. Defraudado sentí la burla de los reclutas: había perdido mi poder mágico de hacerlos levitar. Nos pusimos en fila y me colocaron al último como castigo. El patio del cuartel se transformó en una gran montaña con su tendida pista de hielo. Gritando alegremente todos nos pusimos los esquís y comenzamos a bajar por la larga y tendida falda de la montaña. Yo, en realidad, ignoro el arte de esquiar, pero en el sueño lo hacía con gran destreza y elegancia. Recuerdo que pasaba velozmente a mis compañeros, me detenía para reírme de sus esfuerzos para alcanzarme y luego reanudaba el descenso vertiginoso que me henchía de gozo, porque era el dominador del espectáculo, el más fuerte, el más veloz, el más diestro en domar las curvas y realizar los saltos. Nadie lo proclamaba pero interiormente yo me sentía el mejor de los mejores. Y los reclutas, transformados en esquiadores, me aclamaban celebrando mis proezas.

Sonó una voz enérgica:

— ¡Prepararse para los saltos!

Un carril nos condujo a la cima y desde allí emprendimos la veloz carrera que se convertiría en vuelo para bajar a la pista. Me impulsé con fuerza y al llegar al gran vacío que se abría en la ceja de nieve, me incliné casi horizontal a los skies. La primera impresión fué muy placentera: avanzar en el aire sin más sustento que la propia fuerza de impulsión y los patines de acero era maravilloso. Yo avanzaba y descendía a la vez, pero de pronto me acosó el pavor: la

pista estaba lejos, lejísimos, a miles de metros abajo y me parecía que nunca terminaba el descenso, porque abajo se abría un abismo aterrador. Yo seguía bajando, bajado, sin hallar término al descenso velocísimo. El miedo se transformó en pavor. Creí llegado mi fin. Bruscamente la carrera en el aire se detuvo, el paisaje del fondo se aproximó y lentamente como si fuera un helicóptero, planeando bajé a tierra. Pero no había la multitud que esperaba me aclamaría.

La gran pista de hielo se convirtió en un recinto porticado. Junto a las blancas y esbeltas columnas de mármol que resaltaban en un cielo de cobalto, dos personas caminaban platicando gravemente. "Dos iniciados" —murmuró una voz y al punto pensé en Empédocles y en Pitágoras. No pude recoger su conversación. Hasta que ambos se detuvieron y acercándose a mí uno dijo:

—Estamos como perdidos en el Laberinto del sueño. Y el estado original, cargado de sentido, de la naturaleza humana, se mueve en el torbellino que lo anima. Escrútalos.

El otro, menos sibilino, agregó:

—Dice el relámpago que la verdad brilla fugaz, no se inmoviliza en lo permanente.

Tendí la mano para agradecerles y ambas figuras se esfumaron.

Miré en torno, desconcertado. Estaba nuevamente en la callecita empinada. Brinqué de gozo: la niña aparecería. Pero ella no apareció. La calle, silenciosa, vacía, no daba señales de vida. Yo buscaba, ansioso, la casa de la muchacha y no podía encontrarla: era la misma calle pero entre sus fachadas no se hallaba el portalón colonial.

Me invadió una pena profunda: ya nunca, nunca más la vería...

Ahora estaba apoyado en la verja de un jardín circular. Una larguísima avenida de pinos curvándose en lo alto como un túnel, se perdía en tendida pendiente hacia el horizonte. Sumido en hondo desconuelo me negaba a observar la belleza del paisaje. Un puntito, un puntito mínimo brotó allí lejos, muy lejos y se fué acercando pausadamente.

¿Qué intruso vendría a turbar mi aflicción?

El puntito lejano fué creciendo hasta tomar la silueta de un cuerpo femenino. Avanzaba ligera, flexible, su marcha como en cámara lenta y pude ver claramente que vestía un traje tirolés que hacía resaltar el hechizo de su figura. Al principio no distinguía su cara. Se acercaba, se acercaba como un hermoso navío en busca de puerto. Jamás olvidaré los instantes que transcurrieron mientras ella se aproximaba hacia mí. Por fin pude ver su rostro: era ella, ella, la jovencita desconocida que yo amaba y buscaba desesperadamente.

Cuando estuvo a mi lado, alegre y sonriente, los ojos oscuros me miraban con ternura y confianza. Desfallecí de contento: entonces la jovencita me amaba, o por lo menos me tenía por un amigo dilecto, podía contar con su afecto y su interés.

—¿Por qué tardó tanto? —pregunté.

Ella puso la mano en mis labios ordenado silencio.

Tomó una flor de heliotropo y la colocó en el ojal de mi saco. Jamás aspiré aroma más delicioso.

No sé si la felicidad descendía por la gran alameda de pinos o si brotaba de los ojos de la niña. En contraste con la esquividad o el temor de los encuentros anteriores, ahora ella permanecía tranquila y confiada. Los ojos oscuros me contemplaban risueños y su mirar esparcía la dicha en mi corazón, una dicha tan cálida, tan profunda, que excedía lo que pueden expresar las palabras. ¿Por qué sólo ellas podrían manifestar lo que sentimos? Más transmiten las miradas y por esa onda de luz y de alegría que nos circundaba, yo sentía que la jovencita vibraba el secreto del

mundo: lo más hermoso, lo indecible, aquello que quisiéramos que jamás termine. Ignoro cuanto duró ese éxtasis de amor: me bastaba con ver y ser mirado. Era como si de los ojos amados fuese a brotar una revelación prodigiosa, un milagro, algo que descendiera de un reino ignorado y largamente presentido. Esa promesa de dicha que sólo los novios conocen y que a veces, sólo raras veces, cuando son muy sensibles y su amor muy hondo, parece abrir las puertas del misterio.

Ella me contemplaba cariñosa, sonriente. No necesitaba decir nada porque los ojos oscuros me decían todo: hablaban de una infancia venturosa, daban sentido al extasiado presente, anunciaban un futuro encantado. El mundo afuera, y yo internamente nos sentíamos transfigurados por el mirar dardeante de la jovencita.

Salí del trance extático y le dije:

—¿Por qué no me dice su nombre? Quisiera grabarlo para siempre en mi corazón.

La muchacha me miró con ternura y una sonrisa enigmática le iluminó el rostro. ¡Esa sonrisa! Me pareció que yo la conocía, de antes, de mucho antes, pero luego esa sensación de algo familiar se desvaneció. Ella me cogió la mano, hizo una ligera presión con sus dedos y los párpados queridos se entrecerraron. Creí entender que no era necesario descubrir un nombre. La llama suave de un amor profundo ardía en ambos y esto bastaba.

Yo admiraba las finas líneas de su rostro, la movilidad de sus facciones, el hechizo trascendido de esa cara que sugería tan pronto la pureza infantil como el cálido despertar de la mujer.

Ya no extrañaba que la jovencita no respondiera a mis palabras. Me sumergía en la fascinación de la amada criatura, esa faz cambiante que como el disco de oro de la luna llena irradiaba nobleza y ventura, y luego se transformaba bruscamente en la imagen apenas entrevista del astro nocturno atisbado en pleno día. Selene, el astro de los amantes y los soñadores... ¿Por qué se lo piensa un astro muerto si es la residencia del Misterio? Sé me ocurrió que la jovencita era un ser lunar, innombrable. Ella me miró burlona como si le pareciera absurdo mi pensamiento. Súbitamente perdiendo inocencia y timidez me sentí poseído por una sensación de seguridad: era el amo del destino y decidía su curso venidero:

—Escucha —manifesté— estamos tan unidos que nada podría separarnos. Pero hay algo que no alcanzo a entender; es como si el hilo de las vidas se alargara, se alargara desmesuradamente y quisiera separarnos... Y sin embargo yo sé que debemos avanzar juntos, que estamos destinados, y que está escrito...

La jovencita me miró temerosa y me condujo por un bosque de hayas y encinas. La luz se filtraba en tramas áureas por el bosque y poéticas penumbras hacían resaltar el verde esmaltado de la hierba. Nos sentamos en un pequeño banco de piedra y ella me impuso silencio con un gesto. Reclinó la cabecita en mi pecho y la abracé tiernamente. No sé qué tiempo permanecemos así, maravillados de la paz y la dulzura de los instantes que fluían como un manantial de dicha. Yo comandaba en lo que sucedía pero habría querido ponerlo todo a sus pies: cumplir sus deseos, dejarme llevar, abdicar en absoluto de mi voluntad para someterme a la suya. Pensé que el verdadero amor es pura entrega.

—¿Por qué huías, por qué te escondías? Los dioses tenían resuelto que seas para mí.

La niña alzó la cabeza. Una furtiva sombra de incertidumbre veló su semblante, pero rápidamente su faz se transfiguró en una sonrisa de bondad y comprensión. Aceptaba cuanto yo decía y los ojos oscuros decían más que las palabras.

—Serás mía —insistí— como yo soy tuyo, pero no me angusties con esas desapariciones inexplicables que me trastornan. ¿Verdad que tu también piensas así, que no debemos separarnos?

La muchacha se levantó. Un ligero estremecimiento sacudió el cuerpo adolescente. La mirada, se enristeció y haciendo un ademán que significaba despedida y orden de permanecer quieto a la vez se fué alejando, portento de gracia y de armonía en el andar, hasta perderse en la sombra del sendero.

Quise levantarme y seguirla, quise gritar. En vano: el hombre del destino se había trocado en un mísero prisionero. Estaba amarrado con fuertes ligaduras a una encina y un hombre membrudo, con el torso desnudo me abofeteaba sin causarme daño: "Es para que te acostumbres —expresó— el castigo mayor vendrá después." Otros tipos de aspecto salvaje, todos con los torsos desnudos y cubiertos por pieles de la cintura a las rodillas cruzaban llevando animales muertos. Un tambor insistente resonaba de una cavidad cercana. El que parecía mandarlos, cubierta la testa con un casco de cuero rematado por dos cuernos, al estilo vikingo, daba órdenes imperiosas y me arrojaba miradas de odio. ¿Por que estaba allí, amarrado y castigado, qué delito había cometido?

Nadie se molestó en explicármelo.

Dos hogueras próximas dejaban escapar el olor agradable del cabrito asado. Sonó una bocina y todos, hombres y mujeres corrieron. Debía ser la hora del festín. Yo estaba tan fuertemente amarrado que no se requería vigilantes para evitar mi fuga.

Ligado a la encina no podía moverme. Un ruido isócrono me hizo aguzar el oído: un pájaro-carpintero, con firmes toques iba cortando mis ligaduras. Pronto me encontré libre: podría huir antes de que volvieran mis bárbaros captores.

Caminando de prisa llegué al extremo este de la meseta: un profundo barranco se abría a mis pies. Calculé que si descendía los aprensos no tardarían en cazarme con sus flechas. Y volviendo a un pasaje familiar de mis sueños me arrojé al vacío teniendo los brazos como alas. Descendí vertiginosamente hasta detenerme en un prado desbordante de tulipanes. Por un sendero próximo cruzaba rápida y erguida una jovencita custodiada por la cholita bien vestida. "Es ella!" —pensé y me dispuse a seguirla. No podía verle la cara. Ella tampoco había reparado en mí. Me aproximaba, cuando la cholita me contuvo. Bajo su sombrero de alta copa su cara surgía enojada:

—Usted no debe hablarle —dijo. Váyase.

¿Por que le obedecí? Lo ignoro. Un gran desaliento se apoderó de mi alma; siempre se interponía algo entre la niña y yo. Aparecía en forma insólita, se alejaba imprevistamente, no quería hablarme; y sin embargo destellos furtivos en sus ojos avisaban que comprendía mi amor, acaso que lo correspondía. ¿Cómo sería?

Una manecita intentaba cogerse de mis dedos. Miré hacia abajo: una niña que no tendría más de tres o cuatro años me llamaba afectuosa:

—Ven vamos a jugar.

Quise rechazarla, pero la carita linda y persuasiva lucía tan acogedora que no pude resistir. La seguí.

La pequeña se expresaba con juicio de persona mayor. Adivinaba mis pensamientos y con dulce vocecilla manifestó:

—Ya no pienses en ella, no es para ti. Ven, te enseñaré uno de mis juegos.

Se trataba de saltar los mazos y círculos de petunias sin rozar sus delicados pétalos. Primero saltaba la niña luego yo y por no sé qué extraña circunstancia ella lo hacía limpiamente, en tanto yo, apesar de mis piernas más largas y mi mayor agilidad, siempre terminaba rozando las petunias lo que me molestaba en extremo: ser vencido por la pequeña era vergonzoso.

¿Ya ves —dijo ella— sigues pensando en la Otra, no te fijas en lo que haces. Limpia tu mente y verás cómo todo sale bien.

Me concentré para no pensar sino en el juego y pronto obtuve mi recompensa: pasaba limpiamente por encima de las flores sin tocarlas.

La niña me condujo luego a un estanque cuadrangular de regulares proporciones. Arrojaba piedrecillas y éstas, formaban grandes círculos concéntricos que al tocar los bordes del estanque se transformaban en nerviosas cebras que escapaban veloces hacia el confín. Cuando yo arrojé otros guijarros, los círculos concéntricos devolvían unos cervatillos que se inmovilizaban en la orilla. Miré interrogadoramente a la pequeña:

—No tienen fuerza para irse. No puedes darles vida. Sus grandes ojos fijos imploran, pero tú eres un intruso. Estás en tierra extraña. Nada puedes hacer por ellos.

Me cogió de la mano diciendo:

—Inventaremos algo mejor.

Estábamos en una playa soleada. La niña se arrodilló con rapidez prodigiosa construyó un castillo de arena tan perfecta que excedía todo lo entrevisto en la realidad o en los libros. Quise emularla y comencé a levantar el mío: era tan hermoso como el suyo, pero cuando lo terminaba por un lado se derrumbaba por el otro. Desconcertado, pregunté a la niña:

—¿Qué sucede?

—Son las reglas del juego —replicó la niña: uno gana, el otro debe perder.

Y al ver mi desazón agregaba amistosa:

—Pero podemos cambiar: ahora tú ganarás y yo perderé.

En efecto: el castillo que ella construía se derrumbaba sin cesar y el mío se alzó hermoso, imponente.

—Es una trampa —alegué exasperado—. Lo levantaste con tu voluntad, no con la mía. Quiero hacerlo por mi mismo, no con tu ayuda.

—Te invité a jugar, no a discutir— contestó la pequeña. ¿Qué importa quien lo hizo, si está terminado y te pertenece?

Más yo seguía amoscado. Entonces la niña entre gritos y risas llevó hacia la entrada de una gruta.

—No tengas miedo —profirió. Entra.

Me interné en la gruta. Una difusa claridad apenas me permitía ver. Avancé por un estrecho pasadizo y llegué a una estancia de altos muros de azulejos. Allí, al centro sentada en su trono de cinabrio el Hada Merlifusia sonriéndome bondadosa me entregó una varita mágica:

—Tómala —exclamó— y haz uso de ella. La pequeña se está burlando de ti; si no puedes vencerla, tampoco alcanzarás a la Otra.

Salí de la gruta. La niña atisbaba sonriente y burlona. Le apunté con la varita y fué aventada lejos. Pero regresaba porfiada y yo la volvía a rechazar. Finalmente ordené que se perdiera en el horizonte. Y así fué.

Respiré profundamente: ahora era el dueño del mundo. Haría que la jovencita viniese a mí. Levanté la varita mágica y consternado comprobé que se había quebrado: sólo quedaba en mi mano su pequeño extremo que apenas si sobresalía de mis dedos.

Me invadió el pánico: sin la varita volvería a ser la persona inerte, perpleja, sin saber cómo afrontar los hechos.

No tuve tiempo de lamentar mi desgracia porque súbitamente me vi rodeado de un tropel de muchachos que me pedían protección. ¿Qué pasaba, quien los perseguía? El que parecía capitanearlos se expresó nervioso y asustado:

—Son los caballos —dijo— nos quieren matar.

Y se apiñaban detrás mío como si yo fuese un muro capaz de defenderlos de sus perseguidores.

Miré a lo lejos: nada se divisaba. Los muchachos, detrás mío, lanzaban gritos de espanto. De pronto escuché el retumbar de un galope de cascos que se aproximaba velozmente. Confieso que también yo me asusté: ¿qué podía hacer contra una manada de corceles desbocados?

El ruido crecía, crecía sin que los caballos se presentaran.

—Ya verá —dijo uno de los muchachos— parecen de repente y casi no queda tiempo para escapar. ¡Cuidado!

No había terminado de pronunciar su advertencia cuando el tropel de animales encabezado por un alazán negrísimo irrumpió en el lugar dónde estábamos. Presintiendo que arrasarían con todos, extendí mis brazos como buscando proteger a los chicos. Los caballos se detuvieron y comenzaron a buscarlos; parece que no los veían o que mis brazos, protectores, los habían tornado invisibles. Lo curioso es que a mí no me hacían nada, sus ojos coléricos ni siquiera se detenían en mi persona. Relinchaban, se encabritaban, buscaban afanosos. Después de un corto tiempo se agruparon y partieron veloces.

Los chicos lanzaron exclamaciones de júbilo:

—¡Se fueron, ya no volverán!

—¡Estamos salvados!

—¡Oh, gracias, señor: usted nos escondió!

Confundido por elogios que no juzgaba merecer, iba a echarles un discurso. En ese instante los muchachos se transformaron en cisnes remontando vuelo.

Recuerdo que, dentro del sueño, reflexioné fastidiado: vamos, el hada Merlifusia, los príncipes encantados transformados en cisnes: estoy viviendo escenas de cuentos para niños. Malhumorado hice un gesto con la mano y el paisaje mágico se borró prontamente.

Volví a concentrarme en la colegiala de ojos oscuros.

Estaba otra vez en el bosque. Ella reapareció vestida de amazona: ¡qué linda se veía con botas, pantalones verdes y la chaqueta que le ceñía el fino talle! Bajo la visera charolada la carita traviesa me miraba sonriente.

—¿Por qué te fuiste sin despedirte siquiera? —le pregunté.

Ella corrió a esconderse detrás de un árbol y se inició la persecución. Yo corría a encontrarla. Unas veces la sorprendía detrás de un grueso roble —ya no había hayas ni encinas, solamente robles— otras no la hallaba y mi ansiedad crecía. Era un juego entretenido y

angustioso a un tiempo. La jovencita aparecía y desaparecía en cambiantes fugas. En alguna oportunidad detrás del árbol surgió la cholita que me mandaba alejarme. En la caza insidiosa yo me alegraba y sufría alternativamente. Al cabo de muchas carreras y encuentros furtivos nos detuvimos en una suave loma cubierta de grama.

—¡Esto debe terminar!— le dije imperioso. Quiero saber quien eres, por qué me siento apasionado por ti, qué significan estos encuentros fugaces, y esos trances dolorosos que nos separan...

La muchacha me miró cariñosa. Se enarcaron las cejas como si quisieran guardar un secreto. Luego me cogió ambas manos y me atrajo a sí. Sus labios no se movían pero creí entender que, sin palabras, explicaba que no podía ser, que no podía ser... Y lo decía sin pena, sin alterarse mientras los ojos oscuros chispeaban de malicia.

Yo insistí, porfiado:

—Niña: ¿por qué no puedes ser más explícita? Deseo saber qué nos separa... Si quieres ser mi amada.

La jovencita se separó saltando graciosamente y se dirigió a un corro de muchachas con las cuales se confundió. Reían, danzaban, se entregaban a cortas carreras, de tanto en tanto se formaban en círculo. Yo recogía sus voces, sus risas, sus gritos sin comprender lo que decían y distinguía con claridad la voz armoniosa de Ella, cuyo timbre vibrante repercutía en mis oídos. ¿Por qué cuando estaba conmigo no quería hablar? Ahora, escuchándola a cierta distancia, comprendí que esa era la voz que habría querido escuchar siempre a mi lado. Por más que me esforcé no pude alcanzar que decían las chicas. No pude menos que admirar su júbilo, su vivacidad, la extrema movilidad de sus acciones. Y entre todas, sobresaliendo por la gracia indecible de su figura y de su rostro, la jovencita descollaba como el genio de la adolescencia inquieta y jubilosa. Al conjuro de su voz las muchachas se agrupaba o dispersaban en rítmicos giros. El espectáculo me dejó anonadado parecía pertenecer a un mundo embrujado al que yo no podría ingresar. Un dolor punzante me desgarraba el corazón: a ese plano de pureza y de ventura jamás me sería dado llegar.

Ella hizo un gesto con la diestra, huyeron las colegialas y la jovencita regresó a mi lado.

Muy seria, me contemplaba fijamente. Leí en sus ojos lo que los labios no querían pronunciar. Ella pertenecía a un mundo mágico al cual me estaba vedado entrar. Agradecía mi amor mas no lo comprendía ni podía aceptarlo porque le escapaba el sentido de esa palabra que la sentía aun muy distante de su espíritu. No podía ser: eso era lo único que debía decirme.

Sentí que el mundo se derrumbaba a mis pies, y adentro, muy adentro, me perdía en un laberinto de pena y confusión. Debió ser tan honda la tristeza reflejada en mi cara, que la jovencita se acercó y me dió un casto beso en la mejilla. Beso de hermana que yo habría deseado fuese de novia. Instantáneamente me sentí transportado al Paraíso.

Iba a manifestarle mi agradecimiento por su franqueza y por el ósculo que apaciguara mi dolor, pero ya la jovencita se alejaba caminando con gracia inimitable.

Sentí que la pena ahondaba en mi corazón y se me antojó que recién ahora se me revelaba la fina melancolía de los fondos umbrosos de Watteau, o el encanto poético de los lamentos que se escapan de ciertas mazurkas de Chopin.

¿Era verdad, era ilusión? Creí recordar que también en los ojos de la niña vagaba un aire de tristeza.

La verdad siempre duele si no satisface nuestros deseos: yo había sido despedido mediante la explicación final. Me angustié ante la idea de no volver a verla. Y en ese instante el niño del arco de oro y las flechas penetrantes se me acercó insinuante:

— Te arrancaré la flecha y quedarás tranquilo.

Extrajo un carbón encendido de mi pecho pero la desesperación seguía fustigándome. Le reproché que su ayuda de nada servía.

—El veneno entró muy hondo —contestó— y hay casos en los cuales mi ciencia no puede aliviarlos.

Me miró con lástima y se alejó volando por los aires.

Comprendí que estaba condenado: no debía aspirar a la jovencita pero jamás podría olvidarla. Su imagen, su recuerdo, me atormentarían para siempre. Esto pensaba dentro del sueño.

Entregado a mis tristes cavilaciones no sentí como el suelo se fracturaba en grandes porciones hasta que me ví bogando en un mar surcando de témpanos. El que yo ocupaba era más grande que una casa. Las aguas tranquilas me permitían recorrer de un extremo a otro sin temor a caer. Escuché un gruñido amenazador y volví la cabeza: un oso blanco, de gran tamaño, se acercaba sobre un témpano próximo para saltar al que yo ocupaba. Soplé en dirección al otro témpano y éste se alejó llevando al oso blanco. Miré en torno: de diversos ángulos se acercaban otros témpano al mío, cada cual transportando su bestia polar enorme, amenazante. Yo soplaba y ellos se alejaban, pero volvían siempre hasta que comenzó a faltar el aire en mis pulmones.

Desfalleciente, a punto de rendirme al cerco de los osos blancos, ví abrirse paso a un gigantesco esquimal que sobrepasaba en estatura y corpulencia a las bestias. Las alejó con un grito terrorífico y se me aproximó. De pronto me ví en su compañía ya en hielo firme cubierto por un inmenso sudario de nieves.

El esquimal se llamaba Nodroth. Hizo un gesto amistoso y me pidió que le contara mi historia. Le escuchó con interés y al concluir el relato de mi frustrado amor, me condujo hacia un altísimo muro de hielo.

—Perfóralo —dijo en tono grave.

Hice muchos esfuerzos. Quebré dos picos y una barra de acero inútilmente. El muro seguía impenetrable.

—¿Comprendiste? —añadió Nodroth. Ese muro se interpone entre tu deseo y la muchacha. No podrás franquearlo.

El gigantesco esquimal departió conmigo en una conversación que no recuerdo sino en su parte final.

—¿Qué puedo hacer? —le pregunté amargado. No renunciaré a la jovencita que es la razón de mi existencia.

Nodroth vaciló antes de contestarme:

—Sólo puedo decirte esto: el tiempo tiene tiempos. Los seres se acercan o se alejan en ondas de incidencia. Ni ellos ni ellas pueden ser alterados. Espera. Persiste...

Bruscamente la escena cambió. El paisaje polar se trocó en un ambiente de montaña. Sobre una colina elevada, frente a imponentes nevados se alzaba una cabaña de madera. En su interior numerosas personas hablando diversas lenguas se aprestaban a cenar. Yo estaba solo en una mesa. Nadie me dirigía la palabra y la camarera me entendía por signos. Concluida la cena extraje un charuto y me dispuse a consumirlo sorbiendo el café. Entregado a mi pena sólo podía pensar en la colegiala cuyo rostro pensaba no ver más. El café me sabía amarguísimo, frío, acaso porque lo dejé enfriar. El cigarro no me producía el sabor ni el aroma de otras veces. Los abandoné reflexionando por qué las gentes que me rodeaban, niños y adultos, parecían transcurrir dichosos y únicamente yo me sentía solo y desgraciado.

Era en un paradero montuoso rodeado por profundas quebradas. Salí al exterior: las grandes masas nevadas pesaban abrumadoramente en mi ánimo. Se me antojaban genios colosales mofándose de mi derrota. Sucesivamente fueron saliendo las gentes del restorán y se dispersaron por la meseta. Las madres velaban por los niños, los hombres fumaban en pipas, todos risueños y plácidos. Creí estar en una montaña suiza. La turba infantil se desparramaba alegre y bulliciosa. Pero llegó el elevador que debía transportarnos al valle y todos se agolparon para ganar campo en su reducido compartimento. Cosa rara: no había orden ni alineación previa. Cada cual pugnaba por aventajar a los demás. No pude abrirme paso. "Será en el nuevo viaje"—pensé. Pero llegó el segundo, el tercero, y otros más y siempre había un exceso de gentes aguardando que no me permitían subir al funicular. Una nueva sensación de zozobra me asaltó: yo debía bajar cuanto antes al valle, donde me esperaba una tarea de urgencia y no podía seguir postergado en tomar el elevador. Pero me seguían postergado. Hasta que descendieron todos y quedé abandonado en la fría meseta.

Nadie había reparado en mi soledad.

Oscureció. Sentía un frío hostil calándome los huesos. Brotaron tres lunas redondas detrás del nevado más alto y su lumbre cálida disipó el frío. Cómo seres animados surgieron pequeños arbustos que me rodearon y en cada uno de ellos adivinaba un mensaje que no llegaba a descifrar, pero transmitían algo que ahuyentó mi tristeza y me fué infundiendo una vaga esperanza. ¿Qué sería? Luego los arbustos florecieron en rosas y claveles tan hermosos como jamás viera que exhalaban aromas exquisitos. Unos diminutos elfos danzaban y cantaban tiernas melodías como invitándome a participar de su contento. Olvidando mi pena me disponía a participar en sus juegos, cuando una mano torpe se posó en mi hombro:

—¡Vamos —mandó el hombre perentorio— aquí se va a helar! Hemos venido a recogerlo.

Y me empujó al funicular que nos esperaba vacío.

Poco después, al sentir un sacudón muy fuerte, me acerqué a la cabina de conducción: el piloto era un aviador y estábamos en un avión frágil con sólo dos asientos.

—Habrá tempestad —dijo el hombre. Póngase el cinturón y no se asuste. Llegaremos abajo.

Descendíamos en plena oscuridad, no distinguía nada a través del cristal de la ventanilla. Sentía, en cambio, los rudos golpes del viento y de la lluvia mezclados con los fulgores deslumbrantes de los relámpagos. Enseguida unos vacíos que me dejaban en suspenso el estómago. Comprendí que no se trataba de un simple descenso, sino de un largo y difícil vuelo a través de la tormenta.

El piloto me miraba echándome miradas de reproche: claro si yo tenía la culpa de que estuviésemos en el lío. Inesperadamente cesó la tempestad y estábamos nuevamente en el funicular. El conductor sonreía, ahora, cordial. Terminó el descenso, me despedí del hombre y pronto apareció la villa apacible del primer encuentro. Los mismos techos blanquirojos, las casas bajas, las calles tranquilas. Reconocí el convento, la escuela y la callecita empinada en la cual ella habitaba. Respiré confiado: presentía volver a verla.

No tuve que aguardar mucho. Se abrió el portalón colonial y la jovencita salió seguida por la cholita con sombrero de alta copa. La niña vestía la falda escocesa, la blusa blanca y el gorrito azul del primer sueño. Me vió y rápidamente desvió la mirada como si no me conociera o no me quisiera reconocer. La cholita me echaba furtivas miradas de desprecio: seguramente seguía siendo para ella un intruso.

Apresuré la marcha y me puse junto a la muchacha cuyo nombre seguía ignorando. Ella caminaba muy seria, erguida, indiferente. Endiabladamente linda me dejó absorto los primeros momentos. Cuando pude reaccionar le reproché su ingratitud, el que fingiera no conocerme. ¿Tenía miedo a su escolta, que avisaran a sus padres que se entrevistaba con un desconocido? Luego le dije mi amor con palabras ardientes.

La colegiala no hacia caso de mi confesión. O fingía no oírla. Pronto reparé que era la muchacha del primer encuentro: indiferente, silenciosa, de tanto en tanto me miraba con una expresión de temor y desconfianza. Nada más. Era como si hubiese retrocediendo al tiempo inicial y nada hubiera sucedido después.

La niña seguía avanzando entre desdeñosa y sorprendida. Yo era un extraño para ella. Desfallecí de angustia: ¿cómo hacer le entender que su fría acogida me desgarraba el corazón? Habría dado mi vida por recoger una frase afectuosa de su boca. Pero ella proseguía su marcha imperturbable.

Voltee la cabeza: la cholita había desaparecido:

—Estamos solos —dije— ahora podemos hablar sin temor. Ella me miró recelosa, tal vez algo disgustada. No respondió. La hermosa cara y los ojos apuntaban al horizonte. Aceleró el paso y poco a poco me fui quedando rezagado; una fuerza extraña me retenía:

—¡Escucha —alcancé a gritar— no me abandones! Te amo, te amo, te amo, desesperadamente...

La niña revolvió. Hizo un ademán de despedida. Ví el rostro adorado que me contemplaba con grave tristeza. Reanudó su marcha con ese ritmo ligero, armonioso, casi aéreo que concedía singular encanto a su figura y se alejó hasta desaparecer en el confín.

Fué el último encuentro con la misteriosa jovencita de mis tres sueños sucesivos.

VII

Al despertar una intensa sensación de sorpresa y remordimiento me acosaba. Ya no sentía amor por la muchachita, puesto que, recuperado al tiempo real, sólo me sentía cautivo del recuerdo de mi esposa. Un dardo de curiosidad me punzaba sin embargo: ¿a qué obedecieron los tres sueños sucesivos, y quien era o quien sería esa extraña personita que durante el proceso onírico me tuvo como embrujado haciéndome consentir en una pasión imaginaria que yo, persona real, concreta, razonable, en verdad no había sentido?

Tres veces pecador, tres veces infiel, no me atrevía intentar aproximación al retrato de María. Ella tan noble y comprensiva podría entenderlo y perdonarlo todo, pero un sentimiento de vergüenza me impedía buscar la confianza. ¿La había o no la había engañado. ¿Es que somos uno en la vida y otro en el sueño? Y en la hipnosis de las dormitaciones ¿acaso respondemos de nuestros actos? Yo no había buscado voluntariamente ese amor infantil a la niña desconocida: había sido llevado a ella contra mi voluntad, contra mi razón, contra mi única y auténtica pasión que se volcaba íntegramente hacia mi mujer. O hacia su recuerdo que para mí era lo mismo, una vez que mi vida espiritual giraba en torno a María, la muy amada, la Única.

La cuarta noche pasó en blanco: sin sueños. En las noches posteriores tuve visiones diversas, unas gratas, otras desagradables pero sin la menor conexión con los sucesos de la ciudad apacible y enigmática. Cierto que yo recordaba perfectamente y en sus mínimos detalles todo lo acontecido durante los tres sueños eslabonados por la presencia de la jovencita desconocida. Mas ahora, en la vida real, recuperado el dominio mis sentimientos y mis actos, no sentía amor por ella, sino sólo extrañeza y curiosidad: ¿existía la niña, por qué se me había aparecido infundiéndome una fugaz pasión alocada?

Pasé varias veces frente al retrato de mi mujer, intentando la confianza y siempre me vencía la sensación de culpabilidad. Decidí borrar por entero todo lo ocurrido en los tres sueños consecutivos. Reanudé mi trabajo con ardor. En los ratos libres componía versos a la memoria de mi esposa. Creí que ya todo estaba superado; tres sueños absurdos son sólo eso: tres sueños absurdos.

Pero un día sentí que el retrato de María me llamaba:

—Habla —dijo— te escucharé.

Confuso, avergonzado, comencé mi relato y le conté todo, lo sucedido sin escatimar detalle. Intenté disculparme.

—Jamás te traicioné —alegué. En el sueño no era yo, era otro...

El retrato de María se animó como solía hacerlo en los trances profundos de mi vida solitaria. Sus facciones cobraron plenitud de vida. Los hermosos ojos oscuros me miraron con esa ternura hondísima que me abría las puertas de la dicha. Mi mujer resurgía en la perfecta vivacidad de la imagen que ama al ser amada. Y después de un corta diálogo le dije.

—¿Podrías perdonarme? Sólo a tí te amo.

En la imagen del retrato de María se dibujó la sonrisa misteriosa que creí reconocer en uno de mis sueños:

— Tontito —repuso— si la jovencita era yo cuando tenía quince años.

La presente primera edición de "LA JOVENCITA MISTERIOSA". Es propiedad del Editor Rolando Díez de Medina, © 2006. La Paz - Bolivia

[Inicio](#)